

Las masas incultas, fanatizadas por esta incesante predicacion del homicidio, tomaron por lo serio la santidad del asesinato. De aquí la matanza de la San Bartolomé. El papa, órgano infalible de Dios, eternizó la memoria de ese crimen en un cuadro donde se lee esta inscripcion: "El papa aprueba la muerte de Coligny." Un cardenal, ménos reservado que el santo padre ó más entusiasta, hizo grabar en una iglesia de Roma estas palabras abominables: "El exterminio de los hugonotes se ha cumplido por la gracia de Dios." ¿Cabe admiracion de que en la corte de los papas se encontrara un apologista que exaltase á los autores de la matanza, declarándolos *dignos de eterna gloria*? Y no se trata de una gloria mundana, no; el soberano Redentor los ha escogido por *ministros y ejecutores de su voluntad*. El crimen más horrible que mancha los anales del género humano se trueca en obra divina: "Todo ha sido obra y voluntad de Dios; la mano poderosa de Dios ha protegido á los asesinos; ¡por un milagro singular han perecido tres mil hugonotes, sin que se haya vertido una sola gota de sangre católica!" (1).

¡Una matanza que espantará á la posteridad hasta los siglos más remotos es celebrada por un papa, por un cardenal y por un apologista católico como obra de Dios! Hé aquí adónde conduce el gobierno milagroso de la Providencia. Dios hace milagros, en la antigua ley, para exterminar á los enemigos de su pueblo predilecto. ¿Por qué no los ha de hacer también, dentro de la nueva ley, para exterminar á sus enemigos? Porque los enemigos de la Iglesia son los enemigos de Dios, y los enemigos de Dios no merecen vivir. Así la historia se transforma en carnicería y Dios en verdugo. ¿Cuál es el último fin de este gobierno milagroso? Los defensores de la Iglesia dirán que la salvacion de los hombres. ¿Cómo han de alcanzarla cuando están reducidos á la condicion de instrumentos? Donde todo es milagroso, nada se hace por el hombre; Dios lo hace todo. ¿Qué resta á la libertad humana? ¿Á qué se la sacrifica?

#### N.º 4.—El fatalismo católico.

Los católicos acusan á los libres pensadores que profesan la inmanencia de Dios de panteis-

(1) Véanse los testimonios en mi *Estudio sobre las guerras de religion*.

tas, y quien dice panteísmo dice fatalismo; ¡de suerte que al mismo tiempo que inscribimos en nuestra bandera la libertad de pensar, la destruímos! Ved cómo razonan los que tal dicen: si Dios es immanente en el mundo y en la humanidad, él lo hace todo con su omnipotencia; ¿qué resta entonces á la libre actividad del hombre? ¡Cosa singular! Estos reproches se aplican á la letra á la doctrina de Bossuet. Dejémosle la palabra: "Dios nos ha revelado que sólo Él hace los conquistadores y que sólo Él los sujeta al servicio de sus designios. ¿Quién produjo á Ciro sino Dios, que ya le había nombrado, doscientos años antes de su nacimiento, en los oráculos de Isaías? "No existes aún, le decía, pero ya te veo y te llamo por tu nombre, que será Ciro. Yo marcharé delante de tí en los combates; haré que los reyes huyan espantados á tu presencia, y romperé las puertas de bronce. Yo soy quien dilata los cielos, quien sostiene la tierra, quien da nombre lo mismo á lo que no existe como á lo existente." Es decir, *yo soy quien todo lo hace*, y yo quien ve desde la eternidad todo cuanto se hace" (1).

Si Dios lo hace todo, si ve desde la eternidad todo lo que se hace, ¿qué resta á la libertad humana? Bossuet responde en su magnífico lenguaje: "Dios, desde lo más alto de los cielos, empuña las riendas de todos los reinos, y tiene en su mano todos los corazones: tan pronto retiene las pasiones como les afloja la brida para remover el género humano. ¿Le convienen conquistadores? pues hace que el espanto les preceda, y les inspira, lo mismo que á sus soldados, un ardor invencible. ¿Le convienen legisladores? pues les envía su espíritu de sabiduría y de prevision para que prevengan los males que amenazan á los Estados y asienten los fundamentos de la tranquilidad pública. Él conoce la sabiduría humana, siempre limitada; Él la ilumina, Él extiende sus miras y despues la abandona á su ignorancia; Él la ciega, Él la precipita, Él la confunde por sí misma; la sabiduría humana se envuelve, se embaraza en sus propias sutilezas, y sus mismas precauciones le sirven de celada. Por tales medios ejerce Dios sus terribles juicios, según las reglas de su justicia, siempre infalible. Él es quien prepara los efectos en las causas más re-

(1) BOSSUET, *Oracion fúnebre de Luis de Borbon* (Obras, t. VII, página 756).

motas y quien produce esas grandes sorpresas cuya repercusion se extiende tanto. Cuando quiere descargar el último golpe y destruir los imperios, todo es débil é irregular en las resoluciones. El Egipto, en otro tiempo tan prudente, marcha embriagado, aturrido y vacilante, porque el Señor ha infundido el espíritu de vértigo en sus resoluciones, y no sabe ya lo que hace, y está perdido. Mas no duden los hombres que Dios corrige cuando quiere el sentido extraviado..." (1).

Los libres pensadores que creen en un Dios immanente no emplean este lenguaje; no dicen que sea Dios y Dios solamente quien hace los conquistadores. Dios no tiene necesidad de excitar las pasiones humanas, naturales al hombre, pero si vela para que la fogosidad y el egoísmo de los conquistadores se conviertan en bien de la humanidad. Los libres pensadores se guardarán aún más de decir que Dios ciega la sabiduría humana; creen, por el contrario, que la ilumina siempre, por más que los hombres resistan á sus inspiraciones. Hay, por tanto, que distinguir la parte de los hombres y la parte de Dios, es decir, que la libertad humana y la Providencia divina concurren en la historia, sin que podamos comprender cómo Dios hace servir nuestros errores y nuestras faltas para el cumplimiento de sus designios. Vale más confesar nuestra ignorancia que decir con Bossuet que Dios derrama el espíritu de vértigo en las resoluciones de los hombres. ¿No equivale á esto decir que Dios hace el mal para producir con él el bien? Esta doctrina es, por lo ménos, tan funesta como el panteísmo, porque empequeñece y rebaja á Dios, lo que conduce á los incrédulos á negarle. Para atraerles á Dios, hay que mostrarles su mano en todo lo que hacemos; pero una mano que guía, y no un poder que aniquila nuestra libertad; hay que demostrarles que las faltas y los crímenes que llenan la historia son obra de los hombres, y que si, á pesar de nuestros extravíos, avanzamos siempre en el camino de la perfeccion, á la Providencia de Dios se debe el beneficio.

Bossuet no niega la libertad humana; ¿en qué consiste, sin embargo, que llega á anularla ante la omnipotencia de Dios? Hay que buscar la causa de esas inconsecuencias en las profundidades del dog-

(1) BOSSUET, *Discurso sobre la historia universal* (Obras, tomo IX, p. 361).

ma cristiano. El destino de los individuos y de los pueblos está ligado á la economía que debe procurar la salvacion de los hombres; todo está subordinado á la ley de salvacion. Pero la salvacion no es obra del hombre, sino efecto de la gracia, y la gracia es la accion milagrosa de Dios; la accion del hombre es impotente; luego en la cuestion capital de su vida está dominado por una potencia superior; sólo en apariencia es libre; Dios únicamente obra. El mismo fatalismo de la Providencia reina sobre el destino de los pueblos, porque los imperios, su grandeza, su decadencia y todo cuanto se hace en el mundo tiene relaciones íntimas con la ley de salvacion. Hemos visto que Bossuet subordina la antigüedad entera al pueblo de Dios, porque el pueblo elegido guarda el depósito de la verdad revelada. Á partir de Jesucristo, todo se subordina á la revelacion cristiana. Si el hombre no entra para nada en la economía que prepara y perfecciona su salvacion, ¿cómo han de entrar los legisladores ni los conquistadores? Tampoco se puede decir que Dios les abandona las cosas indiferentes, porque nada hay indiferente, todo se relaciona con la ley de salvacion. Véase á lo que conduce asegurar que todo está determinado por Dios con un poder irresistible.

Los defensores del cristianismo tradicional dirán que alteramos el dogma cristiano ó que no le comprendemos. Un Padre de la Iglesia que pasa por el doctor del Occidente, San Agustín, contestará por nosotros. El ilustre obispo no dejaba de profesar la libertad, por más que se le acusara de destruirla, y la establece sobre una autoridad irrecusable, la de la Sagrada Escritura, pero es una libertad irrisoria. Los hombres han sido libres en Adán, puesto que éste pudo no pecar. Despues que pecó, la libertad consiste en hacer el mal. El hombre caído conserva el libre albedrío; pero su voluntad sólo es eficaz para el mal é impotente para el bien, á ménos que Dios, por una gracia particular, le libre del poder del pecado. Todavía no puede decirse que el corto número de elegidos iluminados por la gracia sean libres, porque no es obra suya la eleccion, sino de Dios, que los salva, hagan lo que hicieren. ¿Á qué, pues, queda reducida la libertad humana? Sólo sirve para justificar la condenacion de los hombres; han sido libres en Adán, y la libertad que éste disfrutaba les ha servido para condenarse eternamente.

No siendo el hombre libre, tampoco pueden serlo los pueblos. San Agustín fué el primero que escribió una filosofía de la historia, bajo el punto de vista cristiano, que en otra parte hemos analizado (1). En ella domina siempre la división entre elegidos y réprobos. Los elegidos constituyen la ciudad de Dios; ¿cómo se forma? ¿Por el desarrollo de su libre actividad? Imposible, puesto que el hombre es impotente para alcanzar su salvación. La ciudad de Dios está en germen en el pueblo de Dios; la ciudad terrestre se compone de la gentilidad. Respecto á los gentiles, no conociendo la ley revelada, caen bajo la servidumbre del pecado. ¿Acaso los Judíos son más libres? Son también hijos de Adán, y por tanto réprobos; luego tampoco el pueblo elegido prepara el advenimiento de Cristo. Los desgraciados descendientes de Israel son instrumentos en la mano de Dios; si Dios les envía un profeta, Moisés, y una revelación, no es para salvarlos, sino para hacerles sentir la necesidad de un Salvador. El pecado, lejos de disminuir bajo el imperio de la antigua ley, va en aumento; si en la edad en que vivimos la humanidad puede conquistar su salvación, débelo, no á sus esfuerzos, sino á una intervención milagrosa de Dios, á la encarnación de Jesucristo (2).

Así, tanto en la historia como en la teología, San Agustín llega á anular el libre desenvolvimiento de la especie humana. No hay filosofía de la historia sin progreso, y el dogma del progreso implica que los individuos y los pueblos realizan por sí mismos sus destinos, bajo la mano de Dios. Luego es la filosofía quien mantiene la libertad humana; el cristianismo tradicional no la proclama sino para absorberla en la acción divina; ¿cuál es la última razón de este fatalismo religioso? La salvación de los hombres, responde el Padre de la Iglesia. Creemos con gusto que San Agustín estaba convencido de que fuera de su doctrina no había salvación posible. Mas ¿en qué ha parado la ley de salvación en el mundo real? Fuera de mi seno no hay salvación, ha dicho la Iglesia. Esta famosa máxima ha sujetado á los hombres durante siglos al yugo de una Iglesia ambiciosa y codiciosa. La humanidad ostenta aún las huellas de su

(1) Véanse los detalles y los testimonios en mi *Estudio sobre el cristianismo*.

(2) Véanse los detalles y los testimonios en mi *Estudio sobre el cristianismo*.

larga servidumbre. Tan sólo el libre pensamiento puede emanciparla.

## § II.—El fatalismo antiguo.—Vico.

### N.º 1.—Vico y el cristianismo tradicional.

Bossuet no tenía la ambición de escribir una filosofía de la historia. El *Discurso* que tanta celebridad ha conquistado se destinaba á la instrucción del delfín, á fin de demostrarle la sucesión de la religión y de los imperios, en escorzo, como dice Bossuet: "Las historias particulares representan la serie de acontecimientos de un pueblo en detalle; pero para abarcar el conjunto hay que conocer la relación que cada historia tiene con las demás, lo que se consigue en un compendio donde se vea de una ojeada todo el orden de los tiempos." Vico tuvo más elevada ambición, y dió el título de *Ciencia nueva* á la obra que escribió sobre la historia. La filosofía de la historia es, con efecto, una ciencia nueva, ignorada de la antigüedad, más ignorada aún de la Edad Media y que data de la época moderna. Esto se concibe. Descansa sobre la idea de un desenvolvimiento progresivo de la humanidad, y únicamente en el siglo último el dogma del progreso ha sido altamente proclamado é introducido en la historia.

La *Ciencia nueva* de Vico ¿está á la altura de su ambición? Al darse á luz, la obra quedó ignorada; los contemporáneos no le prestaron atención alguna. En nuestros días se la ha rehabilitado. Quinet dice que "Vico fué el primero que sentó las leyes universales de la humanidad" (1). Michelet le consagra la misma admiración: "En la obra de Vico; dice, se ha manifestado por primera vez en la historia el Dios de todos los siglos y de todos los pueblos, la Providencia" (2). Desconfiamos de las rehabilitaciones; comprendense respecto á un personaje histórico cuyas acciones han sido mal apreciadas por sus contemporáneos, porque ignoraban los verdaderos móviles que le inspiraron. Pero un escritor nada tiene que ocultar; entrega su pensamiento á la publicidad más completa, y gracias á la imprenta, se extiende por todo el mundo. Si es grande el pensamiento producido, habría que

(1) QUINET, Introducción á la traducción de HERDER, p. 18.

(2) MICHELET, Introducción á la historia universal (notas).

suponer una singular ceguedad para que quedase desconocido al mundo sabio. Creemos que Vico no merece el glorioso título de iniciador que le han dado; á lo sumo puede decirse que su libro, si señaló una laguna, no la colmó.

¿Realmente Vico fué el primero que manifestó á Dios en la historia? Acabamos de oír á Bossuet; no se dirá que redujo la acción de Dios, puesto que escribió que Dios lo ha hecho todo. Pero la idea del gobierno providencial no basta para crear la filosofía de la historia. Esta idea data de Jesucristo. Sin embargo, no se ha producido en la historia sino después de diez y ocho siglos de cristianismo, y los escritores que han deducido una ciencia nueva no proceden del cristianismo, son libres pensadores. Esto prueba que se requiere aún otro elemento para fundar la filosofía de la historia; se requiere el concurso de la libertad humana y el desarrollo progresivo, tanto de los individuos como de la humanidad. En tanto que la libre actividad del hombre no es reconocida, el gobierno de la Providencia lo absorbe todo. Pues ¿qué será si los que celebran la omnipotencia de Dios creen en un Dios que se complace en manifestarse por prodigios? La filosofía entonces es imposible, lo mismo en la historia que en el espíritu humano, porque filosofía y milagro son dos ideas que se repelen. ¿Ha salvado Vico el escollo contra el cual se estrelló Bossuet? ¿Aceptaba la creencia del progreso que desconoció el águila de Meaux? Él mismo va á exponernos su doctrina, y el lector decidirá quién le ha juzgado mejor, si sus contemporáneos ó sus rehabilitadores.

Hay que hacer justicia á Vico; ningún escritor le iguala en su convicción profunda de la acción divina sobre las cosas humanas. En uno de sus discursos se lee: "Toda ciencia procede de Dios, vuelve á Dios y reside en Dios" (1). En 1719, en una solemne inauguración de estudios, Vico dijo que se proponía tratar este tema: "Todos los elementos del saber divino y humano se reducen á tres: conocer, querer y poder. Su principio único es el espíritu, y la razón es el ojo del espíritu que recibe de Dios la luz de la verdad eterna" (2). Desenvolviendo esta idea, Vico establece que el principio de toda ciencia viene de Dios; que la divina

luz, ó la verdad eterna, penetra en todas las ciencias. "Yo demostraré, dice, que todo origen viene de Dios, que todo movimiento conduce á Dios, que toda esencia reside en Dios, y que todo, en fin, son tinieblas y error fuera de Dios" (1). Vico mismo expresa, en los fragmentos sobre su vida que escribió; que la idea de la Providencia divina sirve de base á la *Scienza nuova*. "De esta suerte, añade, en la *Ciencia nueva*, quedan refutados Epicuro y sus partidarios, Hobbes y Maquiavelo, que abandonan el mundo al azar, Zenón y Spinoza, que lo entregan á la fatalidad... La *Ciencia nueva* será, pues, bajo uno de sus principales aspectos, una teología civil de la Providencia divina que hasta entonces había faltado. Los filósofos, ó han desconocido enteramente la Providencia, como los estoicos y los epicúreos, ó la han considerado únicamente en el orden de cosas físicas, cuando principalmente debían buscarla en la *economía del mundo civil*. La *Ciencia nueva* será, digámoslo así, una *demonstración de hecho, una demostración histórica* de la Providencia, puesto que debe ser una historia de los decretos por medio de los cuales la Providencia ha gobernado, sin noticia y á despecho de los hombres, la gran ciudad del género humano" (2).

Á primera vista, se creería oír á un órgano del Dios immanente. Pero tratándose del gobierno providencial, es, ante todo, preciso preguntar cómo obra la Providencia. Obra por mediación del hombre y con su concurso; luego el Dios immanente es quien habla por boca del historiador. Mas si Dios procede por vía milagrosa, no será el hombre el sujeto de la historia; Dios ocupará toda la escena. Así lo entiende Vico. El siglo XVIII no era un siglo de fe; los incrédulos pululaban lo mismo dentro que fuera de Italia, y reprocharon al autor de la *Ciencia nueva* haber apropiado su sistema al gusto de la Iglesia romana. Vico no se atrevió á rechazar el reproche, ántes lo aceptó, añadiendo que era carácter común á toda religión establecer su fundamento sobre el dogma de la Providencia (3). Si, no hay religión sin Providencia, como no la hay sin Dios. Mas ¿qué idea da la religión de Dios y de

(1) VICO, *Scienza nuova*, lib. v. c. iv (traducción de MICHELET).

(2) VICO, *Scienza nuova*, lib. i. c. iv (traducción de MICHELET).

(3) MICHELET, *Apéndice de la Vida de Vico*.

(1) MICHELET, *Discurso sobre el sistema y la Vida de Vico*.

(2) *Vida de Vico*, escrita por él mismo (traducción de MICHELET).